



Han vuelto a aparecer las dramáticas caretas antigás de la guerra europea. El empleo de gases CN y CS por las tropas norteamericanas en la lucha contra los gue

VIETNAM: GASES Y NEG

LOS gases de guerra suscitaron, desde su primera utilización, un problema técnico: bastaba un repentino cambio de viento para que se volvieran contra quienes los utilizaba. La utilización de ciertos gases de combate en el Vietnam del Sur ha dado un resultado metafóricamente igual: un viento político los ha devuelto a los Estados Unidos en forma de repulsa moral. Más bien, sentimental. La palabra «gas» está repleta de una carga emocional. Todavía tosen y se ahogan por las noches en Francia, en Bélgica, veteranos combatientes que fueron gaseados en Ypres —de donde una cierta fórmula de gas tomó el nombre de iperita: sus entusiastas le llamaron el «rey de los gases», y el soldado «gas mostaza», en Loos o en el Somme; de forma que el horror se perpetúa. Las «cámaras de gas» de los campos de concentración de Alemania —en aquel caso era el «Zyklon B», fabricado como simple insecticida en Francfort— han contribuido a la carga emocional de la palabra. En un mundo de mitos, el mito del gas simboliza la guerra sucia, innoble, indigna —lo cual hace suponer que hay una guerra limpia, noble y digna—. La convención de Ginebra de 1925 prohibió el uso de gases asfixiantes. Pero los Estados Unidos no se suscribieron a ese

acuerdo. Aunque se hubieran suscrito, no habrían vacilado en emplear estos gases de ahora, porque no los consideran como tóxicos, no están incluidos en la convención de 1925. Al parecer, el CN-3DM —nombre químico de esta combinación— sólo es capaz de matar «a los muy jóvenes, a los muy viejos, a los enfermos del corazón, a los enfermos pulmonares» (editorial del «New York Times», 25 de marzo), mientras que a los adultos normales, a los combatientes sanos, únicamente les pone enfermos durante dos horas, víctimas de náuseas y diarreas. Parece ser, por consiguiente, que se trata de un arma capaz de matar ancianos, niños y enfermos, y de respetar a los combatientes armados, de donde se saca la extraña conclusión de que se trata de un arma respetable: sin duda, porque se tiene la idea de que las poblaciones civiles no suelen frecuentar los campos de batalla. Quizá la única excepción de esta regla sea el Vietnam del Sur, donde la guerra de guerrillas cubre enteramente el país. Lógicamente, los responsables de esta mezcolanza deben ser exclusivamente los guerrilleros, que no han leído a Clausewitz ni a Mac Namara.

Los norteamericanos parecen haberse sorprendido de la desmesurada ola de protestas y de repugnancia que ha producido en el



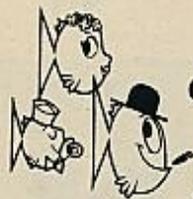
El uso de gases de guerra por los soldados del Vietcong ha suscitado en todo el mundo una gran ola de protestas.

OCIAACIONES

Por **EDUARDO HARO TECGLEN**

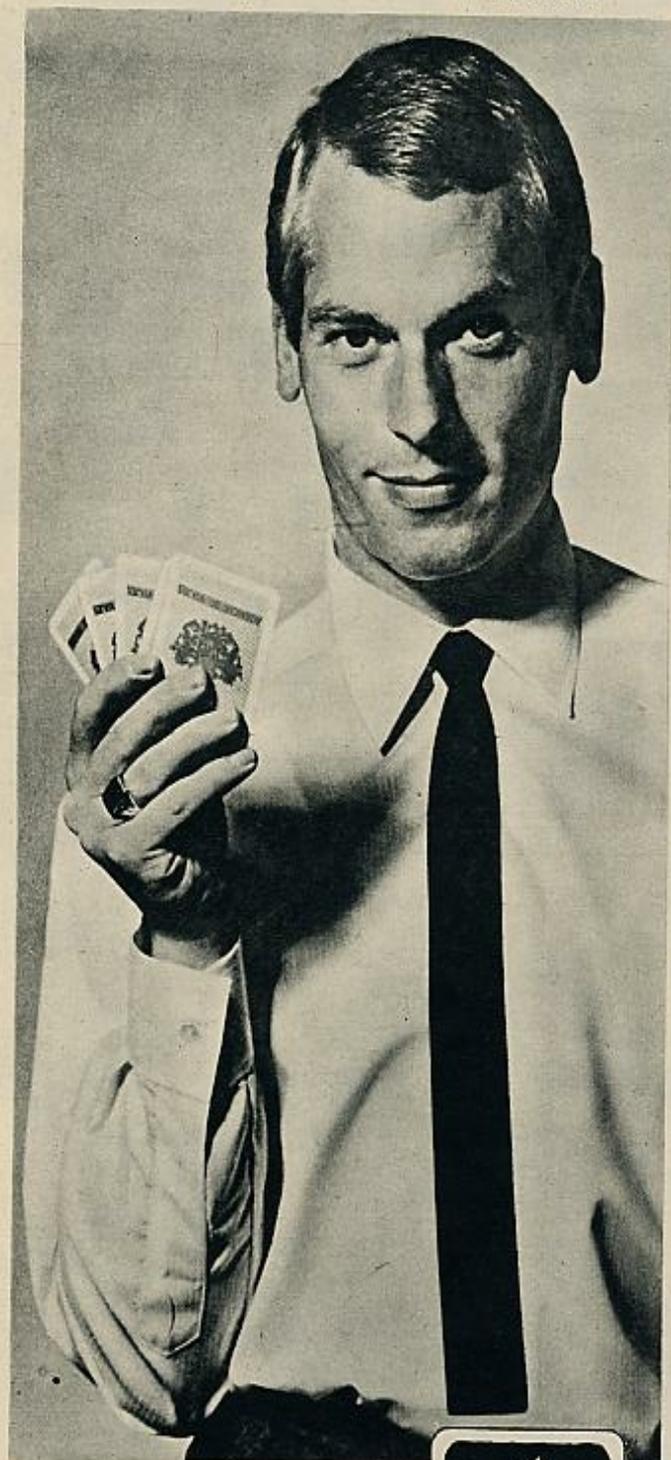
mundo su intento de guerra química: dada la escasa nocividad de los gases de la serie CN y de la serie CS —que denominan los gases no tóxicos, a diferencia de las series GA y VX, que son mortales de necesidad— no habían creído necesario siquiera advertir al Presidente Johnson. Un portavoz del alto mando de los Estados Unidos en Saigón explicó, en una conferencia de prensa —el 23 de enero, relatada por Virgilio Lilli, corresponsal de «Corriere della Sera»—, que «se trata de gases comerciales fabricados en los Estados Unidos como mercancía de exportación». ¿Dónde se exporta esta curiosa mercancía? El mismo día, en Washington, el ministro de Defensa Mac Namara daba algunos detalles de estas exportaciones. Los mismos gases habían sido ya utilizados por los británicos en Chipre, y por la Policía alemana en Berlín Oeste. Por su parte, el secretario de Estado, Dean Rusk, advertía que estos gases no letales son utilizados por la Policía no sólo en los Estados Unidos, sino en el mundo **SIGUE**





¿por qué... CORBATAS

Terlenka®
fibra políester



¿Cómo que por qué? Porque las corbatas Terlenka se cuidan solas. Siempre a punto para poner, las corbatas Terlenka son duraderas. Admire sus colecciones con los colores y dibujos de moda. ¿Qué estupendos nudos se consiguen con estas corbatas!



SERV. ENKA. 100 E-4
2.4.68

Homologación LA SEDA DE BARCELONA, S.A.

VIETNAM: GASES

entero, con objeto de disolver manifestaciones y motines. Al día siguiente, la Policía de Nueva York protestaba con un comunicado oficial. «La Policía de Nueva York no ha utilizado gases en Harlem ni en Bedford-Stuyvesant durante los desórdenes del verano pasado. No tenemos gases del tipo utilizado en el Vietnam. No tenemos más que el tipo de gases lacrimógenos convencionales». Los negros pueden estar satisfechos: aún ocupan en la escala racista un grado superior al de los amarillos. Los gases que se les destinan son menos dañinos, más convencionales.

En resumen, los gases de la serie CN parecen aceptables. Deben resultar, con sus náuseas, menos gratos que los de la serie fabricada a base de mezcaltina —una droga derivada del mezcal, frecuentemente utilizada por los «beatniks» y los modernos «poetas malditos», a quienes no basta el ajeno del anticuado Verlaine—, que produce efectos eufóricos. Los gaseados de esta forma se ponen tan contentos, se sienten tan alegres, que no son capaces de matar a nadie, de combatir. Es, por lo tanto, un simple juego de niños desarmar estos seres idílicos y carcajeantes y conducirlos a un campo de concentración, donde tendrán un amargo regreso a la normalidad. Todos estos gases que «se experimentan» en el Vietnam —una desgraciada frase de un portavoz oficial de Estados Unidos, que ha producido también una nueva ola de protestas de los sentimentales— son fabricados desde 1950 —la guerra de Corea— en Edgewood (Maryland), Pine-Bluff (Arkansas) y Denver (Colorado), en cantidades industriales. En Newport (Indiana) se fabrican, si hemos de creer a «Le Monde» (fecha 24 de marzo), gases más graves: un producto que provoca la muerte por tétanos, derivado de un insecticida, aunque cientos de veces más tóxico que dicho insecticida.

PERSONALMENTE, no siendo demasiado joven ni demasiado viejo, dado el buen estado de mi corazón y de mis pulmones —ligeramente oscurecidos por el uso immoderado del tabaco—; no siendo, en fin, amarillo ni negro, no me siento inclinado a compartir esta oleada sentimental que se ha producido contra el uso de los suaves gases americanos. Me resisto a caer en el mito del gas. Encuentro que Mac Namara y Dean Rusk tienen razón cuando dicen que un arma que se limita a poner enfermo durante una o dos horas es, a fin de cuentas, un arma humanitaria. Puesto a elegir, preferiría los gases al «napalm», al lanzallamas, que quema vivo al combatiente. Otras armas que se han experimentado en el Vietnam me parecen mucho menos atractivas, desde el punto de vista de la víctima. El domingo pasado —28 de marzo—, la agencia United Press difundió un telegrama en el que anunciaba que ciertas armas que habían sido experimentadas ya con éxito, iban a ser fabricadas en serie. La UPI cita algunas: la CBU-3 «bomba antipersonal, que se fracciona en el aire en varias pequeñas bombas, cada una de las cuales, a su vez, estalla en un gran número de pequeños proyectiles, muy eficaces para matar, incluso, en una vegetación muy densa». De este arma hay una descripción bastante más interesante, hecha por Donald Wise, corresponsal del «Daily Mirror», de Londres. «Su nombre oficial —dice— es «Lazy Dog» («Perro perezoso»), aunque podría bien llamarse «Hamburger Bomb» (por alusión a los «hamburgueses», filetes de carne picada que se sirven por millones en las cafeterías americanas). Explota a unos treinta pies de altura sobre el nivel del suelo, escupiendo decenas de millares de fragmentos de acero, afilados como hojas de afeitar, que cortan en rebanadas («slices») paredes, techos y, naturalmente, seres humanos. Lo convierten todo en carne picada. No queda nada viviente después de su explosión. Los americanos dicen que puede hacer desaparecer una manzana de casas».

Otras armas que han sido experimentadas y van a fabricarse en serie —vuelvo ahora a citar la agencia UPI— son el M-5, que puede disparar doscientos proyectiles antipersonales por minuto, y que va a montarse en los cuatrocientos helicópteros que están en servicio en el Vietnam. El «Snake Eye» (ojo de serpiente) es una bomba de caída lenta, útil para los ataques de aviones en vuelo rasante; y el «Walleye», bomba de aviación, cuya trayectoria puede corregir el piloto, que la sigue en una pantalla de televisión. El más astuto



El CN sólo es capaz de matar «a los muy jóvenes, a los muy viejos, a los enfermos del corazón y a los enfermos pulmonares». Con este razonamiento se pretende en Washington justificar su utilización en los campos del Vietnam del Sur.

de estos inventos parece ser el llamado «Shrike»: un proyectil de aviación que se instala en la onda de radar del enemigo y va directamente a destruir sus instalaciones.

PERO el mito del gas ha sido superior a todas estas otras armas, y ha producido la gran serie de protestas. El Gobierno italiano ha pedido «esclarecimientos» al americano sobre el uso de gases; el embajador de Canadá en Washington ha recibido instrucciones para «sugerir» al Departamento de Estado que renuncie a los gases (cito la crónica de Michel Sauvage, corresponsal de «Le Figaro» en Washington: 26 de marzo). La intervención más directa en este sentido parece haber sido la de Stewart, ministro de Asuntos Exteriores de la Gran Bretaña, quien ha declarado a la prensa que en su reciente entrevista con el Presidente Johnson y con Dean Rusk les había comunicado «la gran preocupación de la Gran Bretaña y de otros países» ante el empleo de gases en el Vietnam. Dentro de los Estados Unidos ha habido también un movimiento de repugnancia ante el arma empleada. La «Federación de Sabios Americanos» —que agrupa unos dos mil quinientos sabios— ha publicado un manifiesto en el que dice que, desde el punto de vista moral, es indigno de los Estados Unidos recurrir a tales armas que «pueden perjudicar a la seguridad de los Estados Unidos, incluso si su eficacia militar, en una situación determinada, puede ser probada». Quizá el resumen de opinión más claro es el editorial del «Washington Post», que dice así: «Es difícil decir qué daños causa el napalm y los gases en el enemigo, pero no es difícil descubrir el daño que nos hacen a nosotros. Nuestro Estado Mayor de defensa, cada vez que emplea o permite a los sudvietnamitas que empleen este arma, daña al renombre de los Estados Unidos». En el otro lado del Atlántico, el famoso columnista Cassandra («Daily Mirror», Londres) presenta el caso con estas palabras: «Por el precio de unos cuantos bidones de esta cosa lanzada desde los helicópteros en las lluviosas junglas del Vietnam, han ofrecido a todo el mundo comunista la mejor propaganda antiamericana que podría ser soñada en las fértiles mentes de Moscú y de Pekín, propaganda equivalente a numerosos escuadrones de tanques, de aeroplanos, a divisiones de soldados». Y todo ello, ciertamente, sin que «esa cosa» adelante en lo más mínimo el desarrollo de la guerra. Mac Namara debe refle-

Y NEGOCIACIONES

xionar y volver a sus astutas cuchillitas de afeitar, capaces de convertir en carne picada a todo el Vietcong, y que tienen la ventaja de no despertar la indignación de los sensibles europeos.

EL ministro de Defensa francés, Messmer, en ruta hacia Polinesia —donde ha ido a visitar las instalaciones nucleares francesas en las que debe proseguir el ensayo del arma atómica—, ha declarado que la escalada de Maxwell Taylor en el Vietnam puede llegar a una guerra atómica mundial. Nos encaminamos hacia un primer paso: el posible envío de voluntarios chinos y rusos, el suministro de proyectiles cohetes antiáereos soviéticos al Vietnam del Norte, puede llegar a un enfrentamiento físico, militar, de los soldados de los dos bloques que desde hace unos años tratan de encontrar una coexistencia. Sin embargo, no todos los síntomas son malos. Hay indicios de que la solución negociada del conflicto, que pueda cicatrizarlo y convertir la oscura situación militar actual en una línea firme de separación de influencias —la línea de la que hablaba Castiella al regresar de Washington— está próximo. Aunque Maxwell Taylor, al llegar el domingo a Washington procedente de Saigón, haya dicho que «todavía no parece llegado el momento de negociar», parece que el Presidente Johnson cree perfectamente viable su «Plan del Mekong», que consistiría, en términos generales, en suministrar una ayuda económica a todos los países de aquella zona, incluido el Norte del Vietnam, para realizar una industrialización, una mejora agraria, una revalorización de sus tierras. El «New York Times» cree que ésta es la propuesta más positiva que se puede hacer: «Las revoluciones verdaderas son las que hacen los "bulldozers"», escribía el domingo pasado. «A pesar de los términos vagos en que esta oferta está hecha —dice—, la promesa indica que Washington comienza a dar la cara a la necesidad de ofrecer a sus adversarios en Asia del Sudeste una salida política y diplomática para el callejón sin salida del que tanto ellos como nosotros estamos prisioneros». En Gran Bretaña, donde se sienten comprometidos con la acción americana en el Vietnam, mantienen opiniones semejantes. De un vistazo a la prensa dominical se pueden sacar algunas frases significativas. «Las próximas semanas —dice el «Sunday Times»— pueden resultar críticas. Si los acontecimientos conducen a la «negociación honorable» —según términos del Presidente Johnson—, la diplomacia británica tendrá un papel importante que desempeñar. Pero si la táctica americana conduce no a la paz, sino a un vasto conflicto internacional, Mr. Wilson debe estar preparado para exponer con la mayor franqueza las dudas británicas». Estas dudas están expuestas con crudeza en el «Observer» aparecido el mismo día. «Pretender —dice el semanario independiente— que la guerra ha cambiado recientemente de carácter y se ha convertido en un simple caso de «agresión comunista» procedente del Norte, equivale a falsificar los hechos, y aún más, a hacer más difícil un arreglo. Esta actitud puede fortalecer aún más la actual tendencia americana oficial que tratan de someter al Vietnam a lo que el senador Fulbright llama «la tiranía de las ideas abstractas», a cometer el mismo error de óptica que los coroneles franceses durante la guerra de Argelia y a considerar este conflicto como la fracción de una batalla comunista a escala mundial, como la experimentación de una doctrina universal comunista de guerra revolucionaria, en lugar de ver en ella la lucha por la vida de un pueblo dotado de un pasado histórico largo y complejo, de una cultura y de un país que le son propios». «Uno de los aspectos más interesantes del problema —dice más adelante— es que Ho Chi Minh sigue siendo dueño de sí mismo aparentemente. Puede creerse que la mantenida ausencia de fuerzas soviéticas y sobre todo chinas en el Vietnam del Norte, se debe no sólo a la prudencia de Moscú y de Pekín, sino también al hecho de que Ho Chi Minh no lo desea. Esto sorprende menos cuando se sabe que Ho Chi Minh es, al mismo tiempo que un comunista, un hombre que ha consagrado su vida a combatir por la independencia de Indochina. La triste paradoja de esta guerra es que, al bombardear el Vietnam del Norte —los americanos tendrán que reconocerlo antes de mucho tiempo—, están destruyendo el tampón más potente del Sudeste asiático contra la potencia china».

E. H. T.
(Fotos DALMAS)